

Poemas *

Nada

Te imagino, lector, dentro de muchos años leyendo estas palabras. En tu mesa una luz de bujía y una rosa anunciarán el sueño, un cuerpo, nada. Es inútil que busques. En la ceniza hay brasas que podrías coger entre las manos sin quemarte. En tu pulso, avisos, aprensiones, también nada. Debes saber que entonces, quiero decir, ahora, volvían cada año los vencejos y este viejo Madrid era ya viejo con sus ciegas veletas y sus jardines muertos. ¿Qué buscas, pues, aquí? ¿Algo distinto? ¿Una forma tan sólo? ¿Esa nueva manera de traer el ingenio, rimas, nada? ¿Buscas tal vez aliento, saber que ha de morir contigo el mundo, el hálito más puro de la vida, el cantar de los pájaros y los ríos de susurrar oscuro? Yo mismo cuántas noches fui devanando el tiempo y cuántas, como tú, miré a los ojos de esa hermosa figura cuyo nombre variaba, primero amor, luego silencio, nada. Te imagino, lector, dentro de muchos años. Sigues aquí conmigo

* Del libro *Acaso una verdad, de inmediata publicación en Editorial Pretextos, Valencia.*

sin que sepas tú mismo
que aquello que aquí buscas
es tu propio dolor, este Madrid,
el volar de un vencejo,
un tiempo igual al tuyo,
el bálsamo en el alma
de un aire limpio y puro.
Que buscas un misterio, vida, nada.

Este viejo Madrid

Para Pedro García Montalvo

Este viejo Madrid y sus jardines
polvorientos y tristes donde ahora
cantan mirlos no menos polvorientos
y se corrompen las primeras hojas...

Este muerto Madrid en el que aún,
entre coches, oirás las misteriosas
campanadas de un ruinoso convento,
las mismas que hace siglos oyó Góngora...

Este hermoso Madrid es hoy tan triste
como aquella mendiga que habla sola
o el cartel de «Pensión», este Madrid
de atroz misericordia.

Nao dos corvos

Hay un lugar del mundo devastado que llaman
«La Nave de los Cuervos», bastión inaccesible
en medio del Atlántico, donde las olas braman
contra un acantilado hipnótico y temible.

Es en verdad aquélla una nao muy extraña
donde los cuervos viven como esfinges oscuras,

clavados en la roca, o abriendo su guadaña
como quien siembra el cielo de negras sepulturas.
Durante largas horas los cuervos su mirada
vacían en los vastos horizontes desiertos,
igual que disecadas aves ante la nada,
mirándoles los ojos a los náufragos muertos.

A veces frente a él llegan los pescadores
de caña silenciosos, tristes y solitarios,
y también como cuervos y también soñadores
permiten que las brumas les tejan sus sudarios.

Y escuchan como ahora, el motor de una barca
velada entre la niebla, y el fúnebre sonido
lo creen la galera de su triste monarca
Sebastián, *O Encuberto*, hace siglos perdido...

Entonces esos cuervos, augures de la vuelta,
llenan el aire oscuro de sus graznidos raros.
Cada noche así ocurre y cada noche envuelta
la nave en su tristeza naufraga entre dos faros,

para volver de nuevo, de su misma tristeza
a emerger cada día. Ese hermoso lugar
se llama «Nao dos corvos»... Extraña fortaleza
donde el sueño se entrega al fantasma del mar.

Innumerables cosas

Bajo las suelas cruje el campo helado
y pues la leña es verde, gime
y llora savia fría entre llamas difíciles.
Es de noche y la coruja anuncia a alguien la muerte.
Es muy triste su canto,
fúnebre y familiar como caer de hojas.
El óxido este invierno ha hecho que
la puerta del jardín no abra del todo, y
que si el viento la azota,
gima también, aunque es de hierro.

Innumerables son las cosas, pues,
que no comprendo,
sin contar que si miro mi pobre corazón,
allí también encuentro
una helada y un fuego y una puerta
cada día que pasa un poco más cerrada.

Testamento

He muerto ya, paisaje que yo he amado
tantas veces aquí, rincón del alma.
Una vez más vengo por verte. A un lado,
encinares y olivos, y la calma

de ver, al otro, olivos y encinares.
Algunos caserones con jardines
llenos de ortigas ya, viejos lagares
con aspecto de viejos polvorines.

Un camino de olmos en hilera,
una majada, una almazara en ruinas,
musical, perezosa la palmera,
y un Gredos azulado entre neblinas.

Nada de cuanto miro está en mis ojos
ni el olor del jazmín lo lleva el viento.
He muerto ya. Contempla mis despojos:
te dejo este paisaje en testamento.

Una oda

Dichoso aquel que busca un lugar como éste
y contempla las zarzas que estrechan el camino
cuajadas de racimos de un negro y rojo agreste,
y a lo lejos la tierna brusquedad del espino.

Aquel que ya no dice: «voy a contar mi historia»,
sino que sale al campo como un impresionista
en busca de un paisaje o una luz ilusoria
y no hace mal a nadie, sencillo y egoísta.

Aquel que por las noches olvida que ha sufrido
y deja a un lado todo su corazón herido
para mirar la luna y sus cepos de plata.

Dichoso él, que llora sin preguntar la fuente
de esas lágrimas puras, que está solo y doliente
y sin juzgar se entrega a esa vida beata.

Un 29 de diciembre

Diez lagares, una iglesia,
en ruinas una almazara
y en lo alto de la torre
la veleta enfurruñada
y la campana de bronce
de arriba abajo rajada,
más de cien olmos enfermos,
una calleja con zarzas
y una fortuna en olivos
y viñas abandonada.
¿Ves cómo le cuesta al humo
subir desde las fogatas?
Con la niebla de diciembre
no se disuelve, se amasa.
Por lo livianos que son
deben ser fuegos de un alma
contemplativa que pone
sus sueños en la mirada.
El corazón se detiene,
recapitula y amasa
también él el viejo hurmiento:
diez lagares, una fábrica
desmantelada de aceite,
allí descubro otra casa
y más lejos todavía

dilucido unas montañas,
un Gredos tan oriental
que parece el Fujiyama,
y más lejos todavía,
que nace de esta cercana
serenidad, el romance
de dos pájaros que cantan
metidos en el más tierno
calabozo de unas ramas.
Adónde irá, me pregunto,
esa calleja callada
que viene desde el molino.
¿Termina donde él acaba
o acaso será también
del vivir otra metáfora?
Este domingo es un libro
y este paisaje una estampa,
un libro que no está escrito
con todas las hojas blancas
para que puedan oírse
dulces y mudas palabras,
esas que un hombre no dice
porque no quiere olvidarlas.

Jazminero

Todos estos olivares,
los verdes pinos romanos
y los lagares

en ruinas... Oigo lejano
el tiro de un cazador.
Vuela el milano.

Sobre el muro del jardín
más viejo, negro y sombrío
crece un jazmín

con jazmines en enero.
Es viejo, seco y sombrío
mi jazminero.

Los olivares, los pinos...
En el corazón la helada
y en los caminos.

El jardín

Es el mundo un jardín como este mío,
ideal, abandonado y tan pequeño
que sólo en él se puede el mismo sueño
fundamentar de su misterio umbrío.

Imaginar que se es ribera y río,
sentir el fuego como llama y leño,
y es tan precario asiento ser el dueño
de quimeras, de nieblas, de vacío.

Todo está en calma aquí. La hierba crece
entre las hojas muertas y se escucha
una campana lejos. Desfallece

el sol en el laurel. Estoy cansado.
La paz de este lugar es una lucha
que no sé si he perdido o he ganado.

La ventana de Keats

Para Manuel Borrás

Apartado de todo, vuelto a mí
en silencio egoísta, en soledad
de campos y de encinas y callejas
que el otoño volvió más taciturnas;
asilado a esta sombra y sin más patria
que una vieja edición de tus poemas;
sentado en berroqueña piedra gris
y leyendo tus versos, oigo cómo

de pronto un ruiseñor se eleva y canta.
 Todo lo dejo entonces, mi lectura,
 mis leves pensamientos, mi silencio.
 Todo por escucharle. Es él, él mismo.
 El dulce ruiseñor que tú supiste
 distinguir entre todas las demás
 criaturas, por ser no melodioso,
 que lo era, sino por ser el tuyo,
 el a ti destinado desde siempre,
 desde el día en que Dios de mansas fieras
 ocupó el Paraíso y dijo: «Hágase
 también el ruiseñor, para que Keats,
 en la umbría Inglaterra, al escucharlo
 embelesado, alcance esta verdad:
 que el canto es sólo uno, siempre el mismo,
 y que la rama cambia y cambia el pájaro,
 mas no la melodía. Ésta será
 de país a país siempre la misma,
 de un continente a otro y desde un siglo
 a otro siglo, la misma melodía,
 igual que en el estanque van las ondas
 cuando alguien en él escribió un nombre».

Pues bien. Conmigo está, frente a este Gredos,
 el ruiseñor menudo de tus versos,
 frente a ese abstracto Gredos, calmo y duro
 y hecho de pura abstracta lejanía.
 Y están también los prados y colinas
 en los que tú estuviste. Están conmigo
 ahora, aquí. Y las viejas mansiones
 que el campo inglés conoce, venerables,
 cubiertas por la yedra, iluminadas
 con quinqués y bujías cuya luz
 llenaba las ventanas de dorada
 quietud e invitación al sueño,
 de modo que de lejos, si pasaba
 un viajero, se decía: «¡Quién
 pudiera estar allí, junto a esa lámpara,
 dentro de aquella casa, allí sentado
 en cómodo sillón leyendo un libro
 o bebiendo los vinos de Madeira

y escuchando un piano, o ni siquiera,
sólo como esa sombra que es el tiempo!
¡Sólo como la sombra de aquel hombre
que se asoma al balcón para mirarme!
¡Quién pudiera quedarse en esa casa
y no tener, cerrada ya la noche,
que andar por estos fúnebres caminos
y exponerse a morir en soledades
que logran que la muerte sea más triste!...»
Eso diría el viejo errante,
eso mismo diría al contemplar
la vieja casa solitaria y grande.
Y luego seguiría su camino
sin dejar de mirar de vez en cuando
atrás, hasta perder aquella luz,
aquel temblor de oro entre las ramas
oscuras de los tejos, sin haber
siquiera sospechado que eras tú,
John Keats, la sombra.

Y que le viste
llegar por el camino, y que dijiste:
«Al Sur marcha ese hombre.
¡Quién pudiera con él perderse lejos!
Ahora mismo. Sin equipaje alguno.
¡Cómo envidio su suerte y qué tristeza
languidecer aquí llevando una
vida que ni siquiera de infeliz
puedo calificarla! Mira, parte
de nuevo, se va. Empieza ya la luna
a vadear el río. ¡Cuánto debe
compadecer mis años!...»

Y que luego,
para apagar la sed de tu acedía,
tomaste una vez más un papel nuevo
sin dejar de pensar en aquel hombre
que viste peregrino. Quizás ese
fue el día en que escribiste aquel poema
que empieza así: «Feliz es Inglaterra...»
¿Quién podría saberlo? Ahora otra vez

lo leo en este viejo libro tuyo,
y al leer me parece que tu otoño
es este otoño mío y que también
es mío el ruiseñor que ya ha callado,
y me confundo y creo
que aquellos claros ríos entre hayales
son nuestro pedregal, cuna de víboras.
Y así, miro estos bíblicos olivos
y alcornoques ascéticos, la tierra
de la que brotan zarzas sólo, ortigas,
pestilente cenizo o amargas hierbas,
y ebrio de gratitud, no siento ya
ni abrasador el sol ni amargo el aire
ni severos los pardos y los negros,
que son colores nuestros metafísicos,
sino que cierro el libro y miro lejos,
porque tus versos hacen que yo vea
este lugar como lugar del alma,
y vuelto a mí, comienzo a recorrer
de nuevo este paisaje silencioso
y a verlo de otro modo y a sentirlo
y a desear también la dulce muerte,
hermana zarza, hermanos alcornoques,
ortigas, alimañas, sequedades.

Andrés Trapiello